

motivado mayor número de comentarios elusivos y de opiniones marginales.

El Congreso, de cualquier manera interesante y sintomático, producirá con sus conclusiones un montón de temas para ser discutidos y una mayor claridad para el juicio que se pueda formar, hoy por hoy, de la relación entre el sistema socialista soviético y la producción intelectual de todos los órdenes.

Poincaré

□ La muerte de este gran francés ha llevado la atención de la actualidad hacia su vida y hacia el recuerdo de sus actividades. Pasados varios meses desde la desaparición del ex presidente, las publicaciones sobre él afluyen con constancia. Para la situación un tanto desconcertante del país, los franceses rememoran hoy la figura de Poincaré como con una nostalgia de tiempos mejores o al menos con una lamentación por la partida de un hombre que tuvo en sus manos y arregló satisfactoriamente, uno de los momentos más difíciles por que la nación francesa pasó en los últimos años.

Varias biografías de Raymond Poincaré se han publicado recientemente. Una de las mejores la de René Dumesnil, (Flammarion). Y lo curioso de esta biografía es que salió a la luz cuando aun no había muerto el político, muy pocos días antes. Anticipación llamativa de un homenaje que parece por su amplitud elaborado *post-mortem* y en cuyo último capítulo se busca, sin resultado, la fecha de la muerte del protagonista.

Artículos de Thibaudet, de Martín du Gard, de otros varios, ocupan las columnas primeras de los diarios y revistas en homenaje al que llamó Maurras «Príncipe Lorenés», título que Thibaudet aceptó más tarde para un ensayo en el que se trataba de «ese equipo lorenés que gobernó a Francia, en lo temporal y en lo espiritual y al que no se debería olvidar de unir, en su proconsulado africano, al mariscal Lyautey». Los tres «Princes Lorrains»,

Barrés, Poincaré y Lyautey, cuajan ciertamente una época francesa y no es desmesurada la importancia que Albert Thibaudet les concede en su ensayo dialogado, como representación excelsa de un lapso importantísimo en la vida del país.

Hombre sencillo, con esa «bonhommie» que caracteriza y hace simpáticos a los grandes políticos franceses (Barthou era otro de ellos), el nombre de Poincaré va unido a la historia europea de los últimos años, indefectiblemente. Como abogado, los asuntos del testamento Goncourt, de Marthe Brandés, de la Sociedad de Autores, de Anatole France, le hicieron un puesto en la primera fila de las grandes figuras del Palais. Su oratoria jamás fué, ni en los tribunales ni en las Cámaras, fogosa o desmesurada; cuando en los momentos difíciles se esperaba de él un arrebató o una conmoción de esas que sugestionan o apabullan, contagiando, Poincaré se expresaba con una serenidad elegante, casi matemática. Residuo, sin duda, de una calidad que brilló en la sangre de estos buenos originarios del Mosa, que produjo a Henri Poincaré, primo del presidente, el excelso matemático latino de nuestros días.

Las alianzas que prepararon a Francia para la Gran Guerra, la misma Guerra, en todo su largo desarrollo, y aun las consecuencias de ésta, la crisis del franco y la amenaza económica terrible porque atravesó Francia el año 1926, esta ristra de años verdaderamente decisivos, acompañan al nombre de Raymond Poincaré y le acreditan de político genial. Genialidad que él no lucía. Fué un hombre decisivo y no tuvo jamás esa popularidad arrebatada y aplastante que han llevado sobre sus hombros otros, mucho menos importantes que él. Su obra era comentada en un semitono por el estilo del que usaba el propio Poincaré para sus discursos e incluso para sus cometidos. Nadie le niega, ahora, en el recuerdo, que haya sido quizás, con Clemenceau, la más grande figura de la política francesa—el que señala se atrevería decir, continental, a riesgo de suscitar gritos en camisas de color—de los últimos años.